

Chismografía

SE nos ha dicho, y no es que con esto pretendamos alardear de popularidad, que hasta la fecha no hemos retratado en estas páginas ni uno solo de los defectos de la mujer; es verdad, pero ha sido, más que nada, por falta de ocasión, pues si mal no recordamos—tampoco hemos hablado específicamente de ninguna de sus virtudes. Naturalmente, en cualquier tema femenino nos detenemos más en la belleza y en la bondad que en la fealdad de sus defectos; de eso ya se encargará el sexo contrario que sabe, con galantería, ridiculizar a las mujeres.

Hasta la fecha no nos hemos dedicado a atacar—única forma de salir victoriosas—, sino simplemente a defendernos, con sencillez, con humildad casi, sabiendo que encierra más heroísmo mantener nuestra posición que tomar al asalto la contraria. La mujer no necesita victorias en campo ajeno, le basta con saber hacer de sus dominios un paraíso; ante el cual el enemigo se rendirá sin condiciones.

Y ahora, para que no parezca que la pasión por nuestro sexo ha llegado a cegarnos, vamos a llenar la blanda de esta página con el color entre rosado y violeta de su mayor defecto. Para nosotros es el mayor, porque hemos establecido diferencias entre defectos y vicios. Los últimos no empañarán nunca la transparencia de esta sección con su sólo recuerdo; los primeros la sombrearán a veces porque, como dijimos en la presentación, quien ve y reconoce sus faltas está en camino de enmendarse.

Es opinión muy generalizada que las mujeres no deben tener más estudios que aquellos que les permitan salir airosoamente adelante. Posiblemente tengan razón; una vez demostrado que el sexo débil es capaz de llegar donde el que se dice fuerte no hay necesidad de seguir disputando una supremacía que no nos corresponde y con la que nunca seríamos felices porque toda mujer siente interiormente una necesidad de apoyo superior. De una dulce fuerza que sujete la travesura de su voluntad.

Íbamos diciendo—apartando confidencias—que la mujer no debe estudiar demasiado, pero hay una asignatura, cuyo libro nadie se atreve a quitar de sus manos: Es la Chismografía.

Desde luego, no tenemos la exclusiva, que conste; a veces el hombre también se expansiona más allá de las fronteras de su razonado juicio y pone una nota, entre picante y satírica, en el intercambio de opiniones.

¿Qué es la chismografía? Dejamos a un lado la definición etimológica, porque nuestro público—ese reducido sector que se digna leernos—sabe más gramática que nosotros. La chismografía es el intercambio de noticias, sucedidas o imaginadas, que varía de forma cada vez que unos nuevos labios la acarician o flagelan porque, es tristemente cierto, esta asignatura tiene mucho más de sátira que de caridad. Y lo más triste es que está tan generalizada que no nos tomamos la molestia de corregirnos.

Quien diga que es algo innato en nuestra naturaleza ofende a Dios porque no se puede concebir que El, que nos exige perfección, ponga en nuestra alma esta fuerza que la combate. Es simplemente una costumbre que se hizo hábito y del que no nos desligaremos si no arraigamos en nuestro corazón una caridad casi heroica.